

VISIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN DE 1854: FRANCES CALDERÓN DE LA BARCA Y BENITO PÉREZ GALDÓS

Introducción

Frances (o Fanny) Erskine Inglis (1804-1882), escocesa de nacimiento, se casa en 1838 en Nueva York con el entonces embajador español en los Estados Unidos, Ángel Calderón de la Barca Belgrano¹. Entre 1839 y 1841, su esposo estuvo destinado en México. La experiencia mexicana se plasmó en un libro de viajes titulado *Life in Mexico, During a Residence of Two Years in that Country*, publicado en 1843². En septiembre de 1853 la pareja se encuentra de nuevo en España ya que Ángel ha aceptado entrar en el gabinete de Luis Sartorius como ministro de Estado. En los primeros momentos de la Revolución de Julio, el matrimonio se refugia en la

¹ Para datos biográficos sobre Frances Calderón, véase Sánchez y San Narciso: 2018: xii-xvii y xx-xxi.

² Se trata del escrito más comentado de la autora, estudiado en el marco de los estudios etnográficos (p.e. Caballero: 2004) y transatlánticos (p. e. Gerassi-Navarro: 2009). Más referencias bibliográficas en Sánchez y San Narciso: 2018: xv, nota 10.

embajada de Austria y luego en la de Francia, desde donde consigue escapar a Francia. De sus vivencias madrileñas, Frances Calderón dará cuenta en un libro que se presenta como una combinación de relato de viajes e informe de actualidad, supuestamente redactado en alemán por un joven diplomático originario de una corte centroeuropea y traducido al inglés. *The Attaché in Madrid; or, Sketches of the Court of Isabella II. Translated from the German* fue publicado en Nueva York en 1856. La autora optó por el ‘travestismo’, obligada a ocultar su identidad para no dañar la carrera de su esposo cuya posición dependía del gobierno español (Bauer: 2011: 49). El carácter de pseudotraducción que impone a su relato constituye una pantalla más delante de su personalidad auténtica³. El doble distanciamiento hasta le permite a la autora ponerse en escena a sí misma y a su marido como personajes (Sánchez y San Narciso: 2018: xix-xx). En 1904 salió la traducción al español titulada *Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero* en Madrid en casa de Bailly-Bailliere e Hijos. El traductor que se presenta bajo el pseudónimo de «Don Ramiro» es en realidad un militar de carrera, Cristóbal Reina⁴. Reina no sospecha que detrás del autor original, supuestamente de lengua alemana, pueda esconderse la esposa de un diplomático español. Existe una reedición anotada de esta traducción bajo el título de *Un diplomático en Madrid* (Calderón de la Barca: 2018), título español que utilizaremos a continuación.

Entre 1854 y 1904 se habían ido publicando varias obras sobre la Revolución de Julio, tanto testimonios directos como *La Revolución de Julio en Madrid* de Antonio Ribot y Fontseré (1854), *La Revolución de Julio en 1854* de Cristino Martos (1854), *Las jornadas de*

³ El concepto de pseudotraducción fue definido por Gideon Toury del siguiente modo: «texts which have been presented as translations with no corresponding source texts in other languages ever having existed – hence no factual ‘transfer operations’ and translation relationships» (Toury: 1995: 40).

⁴ Raquel Sánchez y David San Narciso han reeditado y anotado esta traducción cambiándole el título para ajustarlo al original. No cuestionan la relación entre el texto fuente y el texto meta. Declaran que «se han realizado algunas actualizaciones de vocabulario y de expresión y se han corregido algunos errores cotejándolo con el original escrito en inglés» pero no señalan estos cambios (Sánchez y San Narciso: 2018: lxxx). Citaremos por su edición, anotando las diferencias significativas con respecto al original. Para datos sobre Cristóbal Reina, véase Sánchez y San Narciso: 2018: xxii-xxiii.

julio: Reseña de los heroicos hechos del pueblo de Madrid desde la noche del 17 de julio hasta la entrada en la capital del ilustre Duque de la Victoria, por un Hijo del Pueblo (1855), así como algunas novelas: *Pedro Sánchez* (1883) de José María de Pereda y los episodios nacionales *La revolución de julio* y *O'Donnell* (1904) de Benito Pérez Galdós. Mientras los libros de Cristino Martos y del Hijo del Pueblo constituyen sin lugar a dudas unas fuentes documentales de las que se sirvió Galdós (Cardona: 1968: 128) y que *Pedro Sánchez* de su amigo santanderino es una fuente muy posible (González Herrán: 1995), no hay indicios de que Galdós conociera la versión original de *Un diplomático en Madrid*⁵ y teniendo en cuenta la fecha de publicación, la traducción no pudo influir en los episodios mencionados⁶. Lo que nos interesa analizar aquí es la visión sobre los acontecimientos históricos desarrollada por ambos autores y las herramientas literarias que ponen por obra para plasmarla.

Estrategias narrativas

Hay que destacar en primer lugar que tanto en los episodios nacionales *La revolución de julio* y *O'Donnell* como en *Un diplomático en Madrid*, los hechos históricos ocupan solo una parte del relato. En *La revolución de julio*, Pepe Fajardo, el narrador homodiegético, se deja sorprender tanto por los eventos de su entorno privado como por los públicos, y la revolución moral que llevan a cabo la burguesa Virginia de Socobio y el obrero Leoncio Ansúrez le parece mucho más profunda que la política, a la que dedica un interés intermitente.

⁵ En el catálogo de la biblioteca de Galdós conservada en la Casa-Museo Pérez Galdós no figuran ni la versión original ni la traducción española (Nuez: 1990).

⁶ *La revolución de julio* lleva como fecha de redacción «Santander, septiembre 1903-Madrid, marzo 1904», *O'Donnell*, «Madrid, abril-mayo de 1904» (Pérez Galdós: 2007: 556 y 693). El traductor Cristóbal Reina firma su prólogo en «Madrid, 19 de octubre de 1903» (Calderón de la Barca: 2018: 7). La reseña de Eduardo Gómez de Baquero se publicó en el número de *La Lectura* de mayo de 1904, lo que hace suponer que la obra se publicara a principios de dicho año. En su reseña, 'Andrenio' hace abierta referencia a *La revolución de julio* de Galdós, observando que «No carece de interés leer estos libros uno á continuación del otro, para observar en qué coinciden y en qué se separan» (Gómez de Baquero: 1904: 373) de lo cual resulta que el episodio galdosiano había salido antes que *Madrid hace cincuenta años*.

Su relato adopta en ocasiones la forma de un diario intercalado de fragmentos que consisten en meros diálogos o de reproducción de cartas mientras en otras la narración en primera persona transcurre por las cauces tradicionales de unas memorias dirigidas a su «dulce amiga invisible, la indulgente Posteridad» (Pérez Galdós: 2007: 431)⁷. *O'Donnell*, en cambio, tiene un narrador heterodiegético que da entrada a múltiples voces.

Un diplomático en Madrid adopta una estructura en capítulos que simulan cartas que el joven secretario alemán dirige a su familia y que mezclan un enfoque temático (la organización política, las modas, las instituciones caritativas, religiosas, sociales, culturales etc.) con otro cronológico en que el narrador informa de su día a día, así como de los sucesos políticos más llamativos. En los últimos cinco capítulos (del 29 al 33) esta estructura se abandona; se suceden apuntes a modo de entradas en un diario, en los que la revolución capta todo el interés. Aunque Frances Calderón presente a su narrador como testigo ocular, no pudo tener ella misma un conocimiento directo de los hechos, ya que estuvo refugiada en una embajada, pero se sirvió de su red de contactos para informarse (Sánchez y San Narciso: 2018: xvii).

Posicionamiento social del protagonista

Pepe Fajardo, originario de una modesta familia de clase media de Sigüenza, ha penetrado en la alta burguesía conservadora madrileña gracias a su matrimonio con María Ignacia de Emparán, traicionando así sus ideales juveniles de progreso. La pertenencia a este medio cerrado le impide cualquier actividad que no sea la intelectual e incluso esta queda controlada por su esposa, preocupada por el equilibrio mental de Pepe. El proyecto historiográfico de Fajardo, formulado ya en el episodio *Narváez*, quiere abarcar la historia interna de España:

⁷ Sobre el *modus operandi* del narrador Fajardo, véase Behiels: 2001: 223-238. Más sobre el complejo personaje en Penas: 2018.

Esa Historia no puedo escribirla... para conocer sus elementos necesito vivirla, ¿entiendes? vivirla en el pueblo y junto al trono mismo. ¿Y cómo he de estudiar yo la palpitación nacional en esos dos extremos que abarcan toda la vida de una raza...? ¿No ves que es imposible? El ideal de esa Historia me fascina, me atrae... ¿pero cómo apoderarme de él? (Pérez Galdós: 2007: 293).

Este proyecto orienta y agudiza su sentido de la observación de lo cotidiano en todos los niveles. En *La revolución de julio*, la red social de la familia de Emparán llega hasta los círculos del poder económico y político, incluso la corte real, con lo cual Fajardo puede cubrir las altas esferas, pero necesitará el estímulo provocado por la fuga de Virginia y Leoncio para salir de casa y conocer desde dentro la perspectiva popular. La pista de los revolucionarios privados le conducirá a presenciar la rebelión militar en Vicálvaro en los últimos días de junio de 1854 y a participar en las barricadas callejeras en julio. Los múltiples contactos y conversaciones de Fajardo introducen visiones contrapuestas que emanan de diversas clases sociales y contradicciones que no siempre se resuelven. El episodio *O'Donnell* comienza con unos capítulos dedicados al linchamiento del ex jefe de la policía secreta, Francisco Chico, a consecuencia de la vindicta popular, y a la llegada a Madrid del general Espartero. La narración, conducida por un narrador-historiador ajeno a la fábula, consigue juntar a personajes emanados de varios horizontes ideológicos y sociales a fin de enfrentar perspectivas encontradas sobre los acontecimientos.

El joven narrador de *Un diplomático en Madrid* es un aristócrata cuyos contactos españoles pertenecen a la alta sociedad y a la familia real. No pretende sino dar cuenta de lo que descubre al círculo familiar en Alemania. Relata excursiones con otros jóvenes diplomáticos, bailes, recepciones en Palacio, sesiones en el Senado, hasta el ceremonial del entierro de la pequeña infanta nacida el 1 de enero de 1854 y fallecida pocos días después. Las otras voces a las que da entrada en su narración son el anónimo señor M., un caballero irlandés para el que llevaba una carta de recomendación y que le guía en sus primeros pasos. Estos enfoques diferentes sirven para aumentar la credibilidad del joven extranjero así como para

contrarrestar prejuicios negativos sobre la sociedad española (Bauer: 2011: 55 y 58). En el relato del supuesto joven alemán, las clases populares son objeto de observación, nunca de interacción, y las clases burguesas, como observan Raquel Sánchez y David San Narciso, son «las grandes ausentes» de su libro (2018: xxxiii).

El campo semántico del «pueblo»: terminología e ideología

Empecemos por lo obvio: el término «pueblo» puede referirse, según el Diccionario de la Real Academia, tanto al «conjunto de personas de un lugar, región o país» como a la «gente común y humilde de una población» y los dos significados se alternan naturalmente en cualquier texto. Lo que nos interesa aquí es el uso de la palabra en la segunda acepción, aunque no siempre es posible una distinción nítida. A continuación, analizaremos cómo los términos que configuran el campo léxico del «pueblo» son utilizados por Frances Calderón y por Galdós.

En aras de una mayor exactitud, referiremos con preferencia a la versión original inglesa del libro de Frances Calderón, *The Attaché in Madrid*. En sus descripciones de la vida madrileña, la autora enfatiza la ausencia de segregación entre las clases, como cuando describe el Salón del Prado a la hora del paseo: «The middle of the Salon was thronged with an immense crowd of people, of every age, sex, and rank» (Calderón de la Barca: 1856: 20)⁸. La asistencia a una corrida de toros da lugar a una observación parecida: «Impossible to see a more complete blending of interests than exists on these occasions between the people and the aristocracy» (1856:

⁸«En medio del salón se agolpaba inmensa muchedumbre de todas clases, sexos y edades» (Calderón de la Barca: 2018: 30). Y precisa más adelante: «But besides the better classes, the whole people of Madrid seemed to be enjoying themselves, and the jacket and calanes hat were as common as the well-cut coat and pale kid gloves» (1856: 21; «Codeándose con la gente más distinguida veíase a la del pueblo llano, abundando tanto allí las chaquetas y los calañeses como las levitas y los guantes claros de cabritilla», 2018: 31).

24)⁹. Esto no impide que cada cual debe saber cuál es su lugar: al asistir a las máscaras en el Prado en el carnaval, observa:

They [the masks] jumped upon the carriages, clung to the coach boxes, leaped up beside the footmen, often sprung into the carriages, apparently to the great amusement of the inmates, the people and the better classes evidently keeping up a separation, even in this apparent mingling of all ranks. (1856: 216)¹⁰

El protagonista se hace explicar la configuración de la sociedad española por el marqués de C. quien distingue los grandes que «rara vez toman parte en los negocios públicos» (2018: 109), una segunda clase «constituida por los jóvenes que tienen que labrarse una posición» (109) y «saben manejar los resortes secretos de los movimientos populares» (110) y el pueblo:

The people of Spain are the finest in the world. Bold, independent, honorable, they only require the long continuance of a good government to develop all their noble qualities. But they are credulous and easily led; and in every revolution which has hitherto taken place, they have been mere machines in the hands of ambitious and designing men» (Calderón de la Barca: 1856: 96-97).¹¹

⁹ El traductor opta por una traducción englobadora, insinuando la posibilidad de que pueda haber más clases sociales que solo dos: «Imposible sería concebir unión más íntima de todas las clases sociales» (2018: 35).

¹⁰ El original se expresa de modo más clasista que la traducción que omite el adjetivo «better» («mejores»): «No ocurría el menor desorden entre tantos miles de máscaras. Encaramábanse estas en los coches, se colgaban de ellos, se subían en el pescante con gran regocijo de los ocupantes de los coches pero en medio de esa aparente confusión no había mezcla de unas con otras clases sociales» (2018: 225).

¹¹ La traducción presenta algunas diferencias con respecto al original: «Este es el más sagaz de entendimiento del mundo; animoso, honrado e independiente. Sólo se necesita la acción prolongada de un buen gobierno para que se desarrollen sus nobles cualidades; pero es crédulo y confiado, y en todas las revoluciones que hasta ahora ha habido ha hecho el papel de una mera máquina de ambiciones y de traidores ...» (2018: 110). El superlativo «finest» es absoluto, mientras que «más

Esta visión paternalista y elitista que no considera al pueblo como un posible actor político autónomo es asumida por el protagonista y domina todo el libro. El término «pueblo» se aplica obviamente también para referirse a la quintaesencia de España, según la concepción romántica, como en el relato de la visita a la armería del Palacio Real, una ocasión para meditar sobre el contraste entre un pasado glorioso y un presente menos brillante. El protagonista se niega a aceptar la idea de la decadencia española y declara:

In spite of an indolent aristocracy, ambitious generals, and place-hunting patriots so-called, I can never despair of Spain, for in the character of her people, the elements of her future greatness still remain (146).¹²

El capítulo titulado «Historia de una conspiración» empieza con una descripción de la gente de Madrid divirtiéndose en la verbena de la noche de San Juan el 23 de junio:

I cannot imagine them engaged in a revolution. It seems to me that they would dance it off to the music of the Jota. But what a fine brave-looking set of men they are! how frank and independent! and even in their amusements, as I have so often had occasion to observe, how much earnestness in their character! a gayety of spirit, yet no *légèreté*, and especially no indecorum in their conduct. (274)¹³

sagaz de entendimiento» añade una especificación al elogio que no figuraba en el texto inglés. «Designing» apunta más al engaño que a la traición, que implica una condena moral mayor.

¹² «A pesar la aristocracia indolente, de los generales ambiciosos, de los ‘patriotas’ cazadores de empleo, no desespere de España, porque aún se conservan en el carácter de su pueblo elementos de grandeza futura» (2018: 160).

¹³ «¡No puedo figurarme a este pueblo en revolución. Creo que se pondría a bailar la jota. ¡Y qué gente tan guapa, tan franca, tan independiente hasta en su modo de divertirse!, ¡qué vehemente de carácter, qué alegre sin frivolidad ni ligereza, qué decente y decorosa en todos sus actos!» (2018: 279). El original menciona la «earnestness» (‘seriedad’) del carácter español, lo cual el traductor rinde por «vehemente». El traductor amplía la frase «no indecorum in their conduct»

El cliché del pueblo español holgazán y fiestero (que pervive en cierto modo hasta la actualidad) queda matizado por la insistencia en su fundamental decencia. La reflexión «No puedo figurarme a este pueblo en revolución» se ha colocado estratégicamente ya que a continuación se empieza a relatar todo el proceso revolucionario, retro trayéndose hasta finales del mes de abril de 1854.

El joven diplomático narra las noticias sobre la conspiración militar y su desenlace según llegan al cuerpo diplomático en los días finales del mes de junio. El clímax se alcanza el 18 de julio, con el saqueo de las casas de varios ministros del gobierno de Sartorius y de otros personajes principales. Aquí se produce el paso del «pueblo» a la «turba»: El General Córdova, aun disponiendo de tropas suficientes para mantener el orden, prefirió no intervenir inmediatamente «to let the fury of the mob have an outlet (*desahogarse*), as he expressed it. [...] As time passed on, it was evident that the mob had the game in their own hands» (311)¹⁴. Los hombres y las mujeres que participan del incendio y del saqueo del palacio de la reina María Cristina se pintan de los tintes más negros.¹⁵ El torero Pucheta se erige en líder de «the lowest of the populace» (1856: 317)¹⁶. El contraste con el léxico utilizado por la Junta de Salvación, Armamento y Defensa de Madrid dirigida por el general San Miguel es llamativo: «This popular Junta published a document, calling upon all the armed citizens to cease firing, unless in case of

serviéndose de una pareja de cuasi sinónimos y la torna positiva y absoluta: «qué decente y decorosa en todos sus actos» (1856: 274).

¹⁴ De hecho, en el texto inglés la transición se produce antes que en la traducción: «prefirió dejar al *pueblo* desahogarse. [...] Conforme iba pasando el tiempo, iba aumentando el tumulto y creciendo el ascendiente de la *turba*. El juego fue a sus manos» (2018: 313, cursivas nuestras).

¹⁵ La autora recurre al término «mob» («turba») al volver a evocar la situación de las casas de los ministros dimitidos y el peligro que corre la reina María Cristina (Calderón de la Barca: 1856: 322-323 y 330; Calderón de la Barca: 2018: 324 y 332). Igualmente cuando se trata del peligro de ataques a la embajada de Francia (Calderón de la Barca: 1856: 362; Calderón de la Barca: 2018: 361-362).

¹⁶ El traductor opta por un adjetivo para verter el matiz: «lo más abyecto del pueblo» (Calderón de la Barca 2018: 318).

provocation, and upon all the officers to give the same orders to their troops. (1856: 317)¹⁷

Mientras los madrileños esperan la llegada de Espartero y de O'Donnell, las barricadas siguen en pie y el comercio languidece. Aparece otro vocablo despectivo para referirse negativamente a los revolucionarios: el término «scum» («escoria»). La autora observa que

As a popular revolution invariably throws up the scum to the surface, it is not to be supposed that all the respectable portion even of the people sympathize with these demonstrations. (1856: 335)¹⁸

La revolución no es, pues, una mera lucha entre las clases sociales. Con la relativa estabilización de la situación, el narrador puede recuperar el marco de interpretación que se había hecho previamente del pueblo madrileño. En octubre de 1854, el joven diplomático se prepara a dejar España por unos meses y reflexiona sobre la confusa situación en que la deja. Con todo, vuelve a su visión primigenia del pueblo:

Madrid looks sad and desolate—nearly all the best society has emigrated—the people appear gloomy and reckless; yet their noble character has never come out more triumphant than now. Their good qualities are their own—their faults those of their leaders. In what city after all, would fewer disorders have taken place, or less innocent blood have been shed than during that interregnum when the mob had

¹⁷ «Publicó esa Junta un documento en que se ordenaba a todos los ciudadanos armados cesar el fuego a menos de ser atacados» (Calderón de la Barca: 2018: 319).

¹⁸ «En todas las revoluciones sale la escoria del pueblo a la superficie, y esa es la única gente que bulle y que se ve. Así ha sucedido en esta; pero no se crea que toda la parte seria y respetable de la población, ni siquiera la del pueblo bajo, simpatice con los revoltosos y los alborotadores». (2018: 336) El traductor explicita el mensaje al añadir el adjetivo «bajo», que falta en el texto inglés.

the reins of the government in their own hands? (1856: 366-367)¹⁹

Se restablece, pues, la imagen positiva del pueblo madrileño²⁰. Nos encontramos frente a la visión conservadora que consideraba al pueblo como un conjunto de personas necesitadas de dirección que no han llegado aún a la condición de ciudadanos sujetos de acción política. Además se trata de una entidad observada exclusivamente desde fuera, a lo sumo en una perspectiva cosmopolita, como objeto de comparación con la misma clase en otros países. El enfoque de la autora no se distingue de lo corriente ya que la separación entre «pueblo» y «plebe» («mob», «scum» ...) que establece, fue común en toda la Europa del siglo XIX, «en las culturas políticas liberales y antiliberales (Sánchez y San Narciso: 2018: lxxvii).

En el episodio *La revolución de julio*, la mirada del narrador galdosiano se ejerce desde dentro y es inclusiva. En una conversación con su esposa, Fajardo juega deliberadamente con el doble sentido de la palabra «pueblo»: «El pueblo, que no es solamente la clase inferior de la sociedad, sino el conjunto de todos los seres que se llaman españoles, la gran masa nacional, posee la percepción clara de la conducta de sus mandarines» (Pérez Galdós: 2007: 459). Su proyecto historiográfico le ofrece un marco para cargar de significado detalles a primera vista insignificantes de la vida cotidiana, como por ejemplo el gasto exagerado en accesorios vestimentarios de la joven Valeria Socobio, que le provoca la siguiente exclamación: «Historia nacional, retrato del pueblo español...» (463). En principio, Fajardo le otorga al pueblo calidad de actor político, pero observa que suele delegar la capacidad de

¹⁹ «Madrid está triste y desanimado. La mejor sociedad se ha ido y el pueblo está aburrido y de mal humor. Nunca, sin embargo, se ha demostrado como ahora la nobleza de su carácter. Las buenas cualidades son suyas propias; sus faltas, de los que lo dirigen. ¿Dónde, después de todo, hubiera habido menos desórdenes ni se hubiera derramado menos sangre inocente que aquí durante un tiempo en que ha estado el populacho mandando a su albedrío?» (2018: 365).

²⁰ Sánchez y San Narciso observan que el pueblo español queda así «rescatado en su aspecto moral frente a la estrategia de deshumanización que es tan frecuente en los escritores y críticos sociales burgueses del siglo XIX al hablar del comportamiento político de las clases populares» (2018: xxxvii).

acción: «Esto [restablecer la ley] debe hacerlo el pueblo, la masa total; pero aquí nos hemos acostumbrado a que el pueblo delegue esa función en los militares, y ya no es fácil cambiar de sistema» (464). Buscando a la pareja fugitiva Virginia y Leoncio, el último día de junio llega al pueblo de Torrijos donde fraterniza con los militares pronunciados: «En estas expansiones populares, el abrazo entre desconocidos es el signo externo del cordial regocijo, de la esperanza que toda insurrección despierta en el sufrido pueblo español, mal gobernado siempre» (496). Las simpatías del personaje están claramente del lado de los sublevados. Al lado del vocablo «pueblo» aparece también el de «plebe» como cuando Fajardo califica el estilo retórico del político radical Cristino Martos: «Lleva en sí el espíritu girondino: su verbosidad sentenciosa resulta noble y clásica, y por esto mismo no es de los que conmueven a la plebe» (500). Aquí «plebe» figura en su acepción más clásica, referida a la clase social común, sin connotación negativa. Cuando ya la revuelta popular está en el aire, el 16 de julio, el narrador se pregunta: «¿Qué pasa en Madrid? Oigo ruido, pisadas de un pueblo que ha roto la silenciosa quietud en que vivía, y se agita buscando armas y posiciones para combatir» (517). Una vez más, se enfoca la totalidad. El 17 de julio, después de la dimisión del gobierno de Sartorius, Fajardo sale a la calle por la noche. (520). La negociación con los militares que se encuentran dentro de la casa de Correos, para que entreguen las armas, transcurre mediante un diálogo cortés entre pueblo y tropa (520). Esta atmósfera bonachona no está hecha para durar: «Era media noche. El pueblo armado, libre, dueño de Madrid, evolucionaba lentamente desde el período de las alegrías ingenuas hacia el de las vindicaciones terribles» (522). En paralelo, cambia el vocabulario: «[...] la plebe invadía y quemaba la vivienda de Cristina [...]» (523); aquí el término «plebe» sí que tiene una carga negativa. Pero la palabra «pueblo» se sigue usando igualmente para designar a la gente humilde, como en la siguiente reflexión: «Los odios más frenéticos del pueblo español en estos días recaen sobre dos cabezas: la de San Luis y la de María Cristina» (523)²¹. Se informa de

²¹ Parecida alternancia se encuentra en la meditación sobre la responsabilidad por la situación que concluye el capítulo XXIII: «Puestos todos a violar, no creo que deban cargarse a la cuenta de la plebe las más escandalosas violaciones. El favoritismo en altas esferas no hace menos estragos que la desatada barbarie en

que el Palacio de las Rejas es «atacado por las turbas» (524). El narrador se muestra comprensivo: «¡Benigna es ciertamente la barbarie de un pueblo que venga sus agravios en muebles, porcelanas y objetos insensibles!» (523). Fajardo considera que, aunque por poco tiempo, el pueblo es actor político y goza de una «plena emancipación» algo quimérica: «¡Infeliz pueblo! Por una noche, por algunas horas no más, le permiten los dioses el uso práctico de su soberanía, de esa realeza ideal que sólo existe en las vanas retóricas de algún tratadista vesánico» (525). El narrador califica los desórdenes como un «carnaval revolucionario» de corta duración. Además, como casi todos los muertos eran personas humildes, «El Carnaval de la turba emancipada ofreció la tremenda ironía de que vistiéndose de jueces, las máscaras resultaron víctimas» (527). Su conclusión resulta positiva: «No me canso de decirlo: una de las cosas más bellas que yo había contemplado en mi vida era la acción libre del pueblo durante algunas horas, el albedrío nacional desenfrenado y en pelo, manifestándose como es; [...]» (526).

Fajardo emprende una segunda excursión revolucionaria. Esta vez no se limitará a observar los acontecimientos. Encuentra finalmente a Virginia y a Leoncio, que se bate en las barricadas. Queriendo enterarse de su revolución privada, conoce desde dentro la revolución política al entrar en casa de Erasmo Gamoneda, un humilde artesano que vende obleas, lacre y fósforos. Fajardo comparte con él mesa, conversación y un puesto en una barricada. Se reconoce moralmente inferior a los luchadores: «Ellos dan su hacienda corta y su vida, no por el beneficio y mejora de sí mismos, y de la clase a que pertenecen, sino por la mejora de toda la sociedad» (547) y termina participando activamente en la lucha (550). Cuando se suspende la lucha callejera «ya estaban en negociaciones la Junta y Palacio... ya se vislumbraba la paz; el triunfo del Pueblo era evidente» (551). De vuelta a su casa, el narrador formula su conclusión, probablemente el fragmento más conocido del episodio:

Relativa grandeza o mediana talla veo en la obra del
pueblo sacrificándose por renovar el ambiente político de los

las bajas. No es el pueblo quien da forma de embudo a las leyes ni quien envenena las aguas del poder en su propio manantial» (Pérez Galdós: 2007: 526).

señoretos y cacicones que vivimos en alta esfera. Menguados son los políticos, y no muy grandes los militares que han movido este zipizape. Pobre y casera es esta revolución [...] (555).

El narrador utiliza, pues, los vocablos «pueblo» y «plebe» como parasinónimos para referirse a la gente humilde, mientras «turba» conlleva un matiz negativo no exento de ironía. El hecho de que Fajardo comparta por algunos días la lucha popular no le exime totalmente del paternalismo: en varias ocasiones compara al pueblo como un niño, incapaz de sacar partida de la soberanía que le cae en suerte de repente:

Y en su candidez, en la inexperiencia de su soberanía, es el pueblo como un niño al que entregan un juguete de mecanismo delicado y sutil. No sabe de qué suerte lo ha de poner en movimiento, ni con qué frenos pararlo, ni con qué llaves darle cuerda... acaba por romper el juguete y abominar de él ... (525)²²

En este aspecto coincide su visión con la expresada por el joven narrador de *Un diplomático en Madrid*. Pero mientras en este libro se pasa de una imagen casi idílica a un rechazo del desorden y de las destrucciones para llegar a la conclusión de que las turbulencias habrían podido desembocar en violencias mucho más graves, en el episodio la imagen del pueblo es positiva de principio a fin. El furor popular se presenta como relativamente inocuo ya que se desahoga en los bienes materiales y no en las personas: «No arrastraron a nadie, no quitaron de en medio a los que con voces roncadas llamaban *rateros* y *trubanes*. Pagaron el pato los objetos de carpintería y tapicería, venganza popular harto benigna...» (527).

²² Otros ejemplos: cuando Fajardo describe la transformación del ambiente callejero del 17 de julio, se dice: «En días, en horas, pasa este soberano de niño a hombre, y sus derechos, que empiezan siendo juguetes, se convierten en armas» (522). Al ver cómo se decora una barricada, exclama: «Eran pueblo, que es como decir niños, y el poder imaginativo les arrastraba a la juguetería» (544).

En *La revolución de julio*, el narrador burgués se coloca, aunque fuese por poco tiempo, del lado del pueblo y expresa su compasión con las víctimas caídas en la lucha, como Erasmo Gamoneda (551). No expresa ninguna empatía con la suerte de la reina María Cristina o de los ministros caídos. En *Un diplomático en Madrid* ocurre lo contrario: el narrador comparte las emociones de los que tienen que escapar de los destrozos (Calderón de la Barca: 2018: 314). Mientras Fajardo convive con los revolucionarios, el joven diplomático se encuentra en la cancillería «alojado en un cuartito inmediato al mío, un personaje de cierta importancia, que a duras penas había podido salvarse protegido por un disfraz» (316) y va a visitar las casas de los exministros para informarse de su suerte y ofrecer ayuda (324).

El relato galdosiano de los acontecimientos no es, sin embargo, enteramente de color de rosa. Frente a los héroes positivos que luchan en las barricadas, como Leoncio Ansúrez y Erasmo Gamoneda, que paga su compromiso con la muerte, coloca al revolucionario nihilista, Bartolomé Gracián, cuyo fin último no es crear un orden nuevo más armonioso sino sabotear cualquier orden, y por eso es eliminado por Pepe Fajardo. Y frente a los revolucionarios que se limitan a destrozar objetos, están los que quieren hacer justicia por su mano, como los que ejecutan sin proceso a Francisco Chico.

La condena de la «justicia popular»: la muerte de Francisco Chico.

El linchamiento de Francisco Chico, exjefe de la policía secreta en los gobiernos de Narváez, se narra en ambos libros y, contrariamente a lo que ocurre en los relatos de los saqueos y de la lucha en las barricadas, aquí la condena es explícita en los dos²³. El narrador de *Un diplomático en Madrid* se sitúa de modo inequívoco como testigo presencial de los acontecimientos: «El 23 presencié

²³ También lo es en otras fuentes contemporáneas: el anónimo Hijo del Pueblo menciona que Madrid «miró con una repugnancia estremada aquella transgresión de las leyes» (1855: 318); Antonio Ribot y Fontseré comenta que «Después de la insurrección, cuando ya nadie disputaba al pueblo su triunfo, se derramó sangre que, aunque impura, no debía haberse derramado» (1854: 119).

una escena horrorosa» (Calderón de la Barca: 2018: 326) y describe el cuidado que él y sus compañeros habían tenido a la hora de vestirse, a fin de no llamar la atención. El torero Pucheta, que se había hecho con el control de la zona de la calle de Toledo y la plaza de la Cebada, ha decidido prender a Francisco Chico, enfermo y próximo a la muerte. La explicación se da en una frase escueta: «Su celo en el cumplimiento de los difíciles deberes de su cargo le había hecho a la vez temido y aborrecido de la gente baja del pueblo» (327). La imagen que se ofrece de este defensor del orden público es, pues, positiva y a ella se opone el furor popular, caracterizado mediante los vocablos ya familiares: «el populacho», «mujeres feroces y escandalosas, enjambres de chiquillos precoces en maldades y picardías y hombres de la peor ralea» (327) que arman un barullo atronador. Al descontrol total de esta masa se opone la inmovilidad de la víctima que «no prefirió una sola queja ni abrió siquiera los labios para decir una palabra» (327) Así es llevado en procesión a la plaza de la Cebada donde Pucheta ordena matarle de un tiro. Este acontecimiento descubre al narrador la imagen de un pueblo radicalmente cambiado:

Este pueblo que estoy viendo, ¿es aquella misma gente alegre, activa, bien vestida y de aspecto dichoso de hace pocos días? ¿De dónde han salido estos hombres y mujeres sucios, astrosos, desgñados, de rostros macilentos y miradas feroces que tengo antes los ojos? (328)

El apunte concluye pasando de este caso particular a una información general: varios miembros de la policía secreta habían muerto a manos de la plebe que se había atacado incluso a familiares suyos, mientras que por lo que sabe el narrador, la mujer y las hijas de Chico habían podido ponerse a salvo.

En la cuarta serie de los *Episodios nacionales*, la narración de los disturbios callejeros y las luchas en las barricadas, por un lado, y la del linchamiento de Chico, por otro, están separadas por la «barrera» que constituye el paso de un episodio nacional, *La revolución de julio*, al siguiente, *O'Donnell*. Pero para obtener una visión de conjunto de cómo trata Galdós la Revolución de 1854, conviene superarla, lo que supone un argumento más para considerar la cuarta

serie como un conjunto novelesco. En *O'Donnell*, la muerte violenta de Francisco Chico ocupa los dos primeros capítulos. Aquí los observadores son dos: Mariano Centurión, cuya cesantía se interrumpe gracias al cambio de gobierno y se ha adherido a una junta moderada, y Telesforo del Portillo alias *Sebo*, excolaborador de Chico, que en el episodio anterior había ofrecido sus servicios a Pepe Fajardo a fin de complementar su poco generoso sueldo de policía secreto y que para colocarse en situación ventajosa en las nuevas circunstancias revolucionarias, se había integrado en la Junta del cuartel del sur en la cual entraron «los jóvenes levantiscos y la turbamulta demagógica» (Pérez Galdós: 2007: 560). En la calle de Toledo escuchan primero «un gran tumulto y ruido de gente» y al cerciorarse observan algo que «parecía procesión, y al centro de ella, algo que descollaba sobre la multitud como figuras del Santo Entierro conducidas en hombros» (560). Aquí se introduce el motivo de la procesión religiosa que se irá elaborando a lo largo del capítulo. Está igualmente presente en el relato de Frances Calderón («horrible procesión»; 2018: 327) y en el relato anónimo *Las jornadas de julio* (Hijo del pueblo: 1855: 315).

Pero antes de que Centurión y *Sebo* consiguen darse cuenta de lo que significa esta visión fugitiva, les bloquean la vista unas «mozas del partido» conocidas suyas que dan su versión del acontecimiento. La información esencial se da desde el inicio: «El Chico es el que viene en andas, y el Cano a pie... Que los *afusilen*, que les den garrote... que paguen las que han hecho» (Pérez Galdós: 2007: 560). La respuesta de Mariano Centurión a la sed de venganza expresada por la joven es tajante: «¡Justicia del pueblo, mala justicia! ...» (560), con lo cual las posiciones posibles ante la suerte de Chico quedan fijadas. A partir de aquí el narrador toma el relevo, enfocando los hechos desde la perspectiva del expolicía secreto *Sebo* aterrorizado; la conciencia de estar asistiendo a una tragedia se insinúa evocando la terminología aristotélica para describir sus efectos: «era en verdad espectáculo que el más animoso no podía presenciar sin miedo y compasión grandes» (561). El narrador describe a continuación el desfile de los que participan en esta siniestra parodia de una procesión religiosa o tal vez inquisitorial en la que el reo se expone al escarnio público. En vez de cirios, se llevan armas. En vez de imágenes de santos, se porta «un retrato al óleo,

sin marco, acribillado de los golpes que por el camino, en las paradas de la procesión, le daban con sus sables los dos jinetes, en demostración de justicia popular» (561)²⁴. El detalle tal vez más macabro es el gallo desplumado y colgado por el pescuezo de una pértiga, anuncio sin duda de la suerte que le espera a Francisco Chico²⁵. Como en la descripción ofrecida en *Un diplomático en Madrid* y en *Las jornadas de julio*, contrasta con esa algarabía el silencio sereno de la víctima. El narrador galdosiano proporciona otro detalle melodramático: la esposa de Chico acompaña a la procesión, fuera de sí por el dolor, revolviendo una taza que parecería contener chocolate pero resulta vacía.

Cuando ha pasado «este bestial aparato de venganza y muerte» (561) se produce un pequeño flashback en el que Rafaela Hermosilla describe plásticamente el asalto a la casa del exjefe de la policía secreta. El carácter paródico de su discurso se realza por la mezcla de niveles de lengua, ya que el personaje intenta incorporar un vocabulario culto sin conseguirlo, y sobre todo por los argumentos que aduce para justificar lo que ocurre: la decencia de los justicieros populares se prueba por el hecho de que no tocaron nada en la casa y se están comportando con «muchísimo orden» (562), presentándose como una autoridades alternativas. El sadismo queda puesto de relieve por la actuación de un tal Pepe *Meneos* que «trajo un gallo, le retorció el pescuezo, y desplumándolo delante del Chico, le echaba las plumas, diciéndole, dice: ‘Lo que hago con este gallo haremos contigo, so ladronazo’» (562).

El segundo capítulo de *O'Donnell* empieza con una discusión entre los mismos personajes sobre el trasfondo del suceso violento que acaban de presenciar. Sigue en pie la condena de la violencia, pero a través del diálogo el lector se entera de que Chico no era precisamente un inocente, ya que se enriqueció indebidamente por medio de maniobras corruptas y que fue inmisericorde con los

²⁴ En *La Revolución de Julio en Madrid* de Ribot y Fontseré se incluye un grabado que reproduce esta escena y que puede haber servido de inspiración a Galdós (1854: 119).

²⁵ Lo que el narrador galdosiano deja implícito, al entendimiento del lector, el anónimo Hijo del Pueblo lo interpreta así: «no hemos podido darnos razón de por qué los pollos se veían simbolizados de una manera tan lastimosa y terrible en aquella tremenda procesión; sin duda quiso representarse la muerte, y se apeló á un pollo degollado á falta de una calavera» (1856: 315).

enemigos políticos de sus dueños. El que el personaje *Sebo* tomara parte activa en estas operaciones y que tiene que justificarse ante las mujeres que presenciaron algunas de sus intervenciones, contribuye al interés novelesco. Centurión intenta convencer a las mujeres de que intenten detener el linchamiento del exjefe de policía, pero en vano: ya suenan los tiros. El relato y la discusión de este suceso forma el epílogo de los acontecimientos revolucionarios en el episodio *O'Donnell*, que a final de esta escena da entrada a la que será la auténtica protagonista: Teresa Villaescusa.

Conclusión

La visión de ambos autores sobre los acontecimientos coincide en parte. La doble máscara lingüística y de género que se interpone entre el narrador y la autora de *Un diplomático en Madrid*, no forma obstáculo a su intención de esbozar un panorama de la vida española que en los últimos cinco capítulos se convierte en una crónica de los acontecimientos entre julio y octubre de 1854 que dejaron una impronta innegable en su vida personal. Su implicación en los acontecimientos imposibilita la presentación hasta cierto punto estetizante e irónica que observamos en los episodios galdosianos. Frances Calderón se opone por principio a cualquier trastorno del orden establecido, desde una posición social y unos vínculos personales que la hacen alinearse con el círculo del poder alrededor de la reina emérita María Cristina. El paso de la designación «people», neutra, a otros vocablos despectivos como «mob», «populace» y «scum», son testimonio de ello.

Galdós enmarca los acontecimientos del verano de 1854 en un proyecto de largo alcance sobre el devenir de la España de su tiempo. Los episodios galdosianos, al que separan de los acontecimientos unos cincuenta años, se enmarcan en una empresa de concienciación de los españoles acerca de su propia historia reciente, en la que los sucesivos pronunciamientos militares y revoluciones (1848, 1854, 1868) no llevaron a cabo cambios significativos. De ahí la imagen del carnaval para referirse a la revolución. Por otra parte, a partir del fin de siglo, desencantado de la burguesía, Galdós evoluciona hacia lo que José Carlos Mainer

denomina el «populismo galdosiano», «fruto natural y estéticamente muy hermoso de una mirada burguesa fuertemente decepcionada con la política» (Mainer: 2004: lxiii). Este «populismo» se traduce en las connotaciones ambivalentes de vocablos peyorativos como «plebe» o «turba», debido a un contexto ironizante.

Ambos autores condenan, sin embargo, la anarquía (representada por Bartolomé Gracián en el episodio galdosiano) y la supuesta «justicia popular», convencidos de la necesidad de una justicia basada en garantías para fundamentar cualquier sociedad, independientemente de las simpatías políticas que se tengan.

LIEVE BEHIELS
KU LEUVEN

Bibliografía

BAUER, Beth. (2011) «Crossing Over: Gender and Empire in Fanny Calderón de la Barca's «The Attaché in Madrid»». *Hispanic Review*. 79. 1. 43-65.

BEHIELS, Lieve. (2001) *La cuarta serie de los Episodos Nacionales de Benito Pérez Galdós. Una aproximación temática y narratológica*. Madrid. Iberoamericana/Vervuert.

CABALLERO, Soledad. (2004) «Gothic Routes, or the Thrills of Ethnography: Frances Calderon de la Barca's *Life in Mexico*». *The Gothic Other: Racial and Social Constructions in the Literary Imagination*. Ruth Bienstock Anolik, (ed. e introd.) y Howard, Douglas L. (ed.) Jefferson, NC. McFarland & Company Publishing. 143-162.

CALDERÓN DE LA BARCA, Frances. (1856) *The Attaché in Madrid; or, Sketches of the Court of Isabella II. Translated from the German*. Nueva York. D. Appleton and Company.

—. (2018) *Un diplomático en Madrid*. Edición y estudio introductorio de Raquel Sánchez y David San Narciso. Zaragoza. Institución Fernando el Católico.

CARDONA, Rodolfo. (1968) «Apostillas a «Los Episodios Nacionales de B.P.G.», de Hans Hinterhäuser». *Anales Galdosianos*. 3. 119-142.

GERASSI-NAVARRO, Nancy. (2009) «Conflictos imperiales: la mirada de Frances Calderón de la Barca». *Revista Iberoamericana* .75. 228. 737-755.

GÓMEZ de BAQUERO, Eduardo. (1904) «Madrid hace cincuenta años. Obra extranjera, anónima, que ahora se traduce al castellano, según verá más al por menor el que leyere». *La Lectura*. 4. 2. 372-375.

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1995) «La revolución de julio de 1854 en la novela: José María de Pereda, *Pedro Sánchez* (1883), Benito Pérez Galdós, *La revolución de julio* (1903)». *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (1992)* I. 383-392.

HIGO DEL PUEBLO (1855) *Las jornadas de julio: Reseña de los heroicos hechos del pueblo de Madrid desde la noche del 17 de julio hasta la entrada en la capital del ilustre Duque de la Victoria, por un —*. Madrid: Imprenta de don Anselmo Santa Coloma.

MAINER, José-Carlos. (2004) «Introducción». Benito Pérez Galdós. *Prosa crítica*. Madrid. Espasa. xi-xciii.

NUEZ, Sebastián de la. (1990) *Biblioteca y archivo de la Casa Museo Pérez Galdós*. Las Palmas de Gran Canaria. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria.

PENAS, Ermitas. (2018) «Política y sociedad en *La revolución de julio* a través de la mirada de José Fajardo». *La hora de Galdós*. Yolanda Arencibia, Germán Gullón, Victoria Galván González et al. (eds.) Las Palmas de Gran Canaria. Cabildo de Gran Canaria, 235-251.

PÉREZ GALDÓS, Benito. (2007) *Episodios nacionales. Cuarta serie. La era isabelina*. Edición de Dolores Troncoso, introducción de Carmen Luna Sellés. Barcelona. Destino.

RIBOT Y FONTSERÉ, Antonio (1854) *La Revolución de Julio en Madrid*. Madrid: Gaspar y Roig.

SÁNCHEZ, Raquel y David SAN NARCISO. (2018) «Fiesta en Palacio, revolución en la calle: estudio introductorio a *Un diplomático en Madrid (1853-1854)*». Frances Calderón de la Barca. *Un diplomático en Madrid*. Zaragoza. Institución Fernando el Católico.

TOURY, Gideon. (1995) *Descriptive Translation Studies*. Amsterdam/Philadelphia. John Benjamins.